Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	En demanda de Cathay: lo real y lo imaginario en el *Diario* del primer viaje de Colón
Autor:	Arrom, José Juan
Forma sugerida de citar:	Arrom, J. J. (1992). En demanda de Cathay: lo real y lo imaginario en el *Diario* del primer viaje de Colón. *Cuadernos Americanos, 3*(33), 31-47.
Publicado en la revista:	*Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 33, (mayo-junio de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. https://cialc.unam.mx/Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:

Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EN DEMANDA DE CATHAY: LO REAL Y LO IMAGINARIO EN EL *DIARIO* DEL PRIMER VIAJE DE COLÓN

Por *José Juan* ARROM
ENSAYISTA CUBANO

EN LA CONMOVEDORA CARTA que en 1503 Colón envió desde Jamaica a los Reyes, se dolía de que antes nadie creyera en su proyecto y "agora hasta los sastres suplican por descubrir". Algo parecido ocurre hoy: "agora hasta los sastres" —y quienes no son sastres— suplican por escribir sobre Colón y las consecuencias de su llegada a las Indias. Hay los que ilustran el tema con rigurosas ediciones y monografías; hay los que se dedican a repasar cuestiones harto ya conocidas, y no faltan los que, a manera de excitados calamares, enturbian las aguas históricas con sus descargas de tinta. En el curso de este ensayo tendré ocasión de referirme a algunos de esos trabajos. Pero el mío tiene otro objetivo. Me propongo discernir entre lo que Colón vio y oyó y lo que imaginó haber visto y oído en su primer viaje. En otras palabras, examinar el *Diario* en función del emisor que codifica sus inmediatas impresiones en un texto destinado a lectores europeos de su tiempo, y luego descodificarlo, desde la banda americana, para destinatarios de hoy. Ese animado careo entre lo que percibe y la manera en que lo interpreta y enuncia tal vez nos permita conocer más a fondo lo que el Almirante captó en esa auroral visión del Nuevo Mundo.

Comencemos por el emisor, el hombre Colón. Tengamos en cuenta que Colón vivió en una de las etapas más conflictivas y complejas de la historia de Europa. En su tiempo coexistían concepciones medievales con ideas renacentistas, de modo que en la mente del Almirante se mezclan lecturas del *Libro de las maravillas* de Marco Polo y descripciones de la *Historia natural* de Plinio con una hipótesis científica propuesta por Toscanelli y conocimientos empíricos aprendidos de los navegantes portugueses. Fue asimismo

la época en que se inicia la expansión marítima de Europa.[1] Esta expansión, lograda mediante osados viajes transoceánicos, tuvo importantes secuelas económicas, políticas y sociales que alteraron radicalmente el curso de la historia de Occidente y de sus relaciones con los territorios que comenzó a invadir y conquistar.

Ésas eran las circunstancias y ésas las ideas que bullían en la mente del marino genovés que al mando de tres endebles naves españolas se lanzó a buscar, a través de mares ignotos, una ruta más corta y segura para llegar al emporio de las Indias. Y fue por pura casualidad que aparecieron ante sus proas avizoras unas islas desconocidas, primera avanzada de un continente imprevisto por los geógrafos del Viejo Mundo. Pero para Colón, según sus cálculos, aquellas islas se hallaban en los confines orientales de Asia.[2]

Con estos comentarios como fondo encontrémonos ahora con el Almirante, a bordo de la nao capitana, cercano al encuentro con su destino. Los apuntes que asienta en el *Diario* son al principio las anotaciones usuales en un cuaderno de bitácora. Pero el 15 de septiembre, luego de haber navegado cuarenta y cuatro días desde su partida de Palos, registra algo insólito: "Esta noche al principio de ella vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar". ¿Fue la caída de un aerolito, descrita en lenguaje metafórico? ¿O el portentoso anuncio de que había traspuesto el umbral de las tierras en cuya demanda iba? ¿O tal vez augurio de que comenzaba a cumplirse la misión mesiánica de haber sido "escogido de Dios para que diese pasada a su santa ley, por el mar Océano, a otras gentes que nunca la conocieron o la tenían ya olvidada?[3] Lo cierto es que desde esa noche cambia radicalmente el tono de sus apuntes. Al día siguiente, domingo 16, escribe lo que Las Casas traslada así: "Dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí adelante hallaron aires temperatísimos, que era placer grande el gusto

[1] Me he ocupado de este asunto en "El Caribe en vísperas del V Centenario", presentado en mesa redonda en Casa de las Américas, La Habana, en abril de 1989 y publicado en Leopoldo Zea, comp., *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, México, FCE, 1991, pp. 113-123.

[2] Dichos cálculos estaban basados en el minucioso estudio de los más confiables documentos de la época. En lo que Colón varió fue en la estimación de la distancia entre las Canarias y Asia. Toscanelli postuló que había unas 3 000 mil millas naúticas hasta el Japón y 5 000 hasta China. Colón las redujo a 2 400 y 3 500 respectivamente. En realidad son 10 600 y 11 766 en latitud 28°.

[3] Hernán Pérez de Oliva, *Historia de la invención de las Indias*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1965, p. 41.

de las mañanas, que no faltaba sino oír el ruiseñor''.[4] Ese mismo día ''comenzaron a ver manadas de yerba muy verde que poco había (según le parecía) que se había desapegado de tierra''. El 17 ven más yerbas, ''y venían las yerbas de hacia el poniente''. Otean el agua y también el aire: el 18 vieron ''gran multitud de aves ir hacia el poniente''. El 19 ''vino a la nao un alcatraz''. El 20, ''dos alcatraces y después otro'', y luego ''dos pajaritos de tierra cantando''. Las ansiosas pupilas avistan nuevas señales, de las cuales unas eran presagios ciertos y otras vanos espejismos creados por la ansiedad. En fin, el 11 de octubre ''a las dos horas después de media noche, pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas ... temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní''. Imperecedera memoria ha quedado de ésa, la primera palabra amerindia escrita en español. Lo que no se sabe todavía, y acaso nunca llegue a saberse, es cuál de las Bahamas es la elusiva Guanahaní que en acción de gracias el Almirante nombró San Salvador.[5]

Esa mañana Colón ''salió a tierra en la barca armada'', y con banderas desplegadas ''tomó posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían''. En tanto se acercaron los habitantes, atraídos por el exótico espectáculo: ''luego se ayuntó allí mucha gente de la isla'' El Almirante los observa tan agudamente que escribió la que es hoy una de las mejores descripciones de los indígenas antillanos. Dice:

> Me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres... Muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras. Los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballo, y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de

[4] Sabido es que el original del *Diario* se ha perdido; lo que tenemos es una copia, a veces resumida, que hizo Las Casas. En el presente estudio sigo la meticulosa transcripción de Oliver Dunn y James E. Keller, Jr., *The Diario of Chistoper Columbus' First Voyage to America, 1492-1493*, Norman and London, University of Oklahoma Press, 1988. He modernizado las grafías.

[5] Nueve diferentes islas han sido propuestas como la probable Guanahaní, entre ellas Caicos, Watlings, Cayo Rum, Cat Island, Mayaguana y Samaná. Sobre el prolongado debate, véanse los artículos reunidos por Louis D. Vorsey, Jr. y John Parker en *In the Wake of Columbus. Islands and Controversy*, Detroit, Wayne University Press, 1985, y el resumen de Robert H. Fuson, ''The Landfall Theories'', en *The Log of Cristopher Columbus*, Camden, Maine, International Publishing Co., 1987, pp. 199-208.

> prieto, y ellos son de la color de los canarios, y ni negros ni blancos ... Ellos no traen armas ni las cognoscen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro. Sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tiene al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y los querían tomar y se defendían. Y yo creí, y creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy prestodicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían crisliianos, que me pareció que ninguna secta tenían.

En esta descripción se junta ya lo fáctico con lo figurado. Sagaces y precisos son los pormenores con los que describe a los lucayos (*lukku* 'gente' y *cayos* 'islas'), grupo periférico o fronterizo de los que más adelante habremos de llamar taínos. Y el propósito, como la empresa misma, es a la vez científico y comercial: los observa como una etnia diferente de las que había conocido en sus viajes por el Mediterráneo y la costa de Guinea, y como valiosa mercancía para ser vendida, como había visto que hacían los portugueses, en el mercado europeo.[6] Por ello subraya que son "de buena estatura", "buenos gestos" y han de resultar "buenos servidores". Pero luego, dejándose llevar por la fantasía, se refiere a un segundo grupo que no ha visto, pero creía y cree "que otros vienen de tierra firme a tomarlos por captivos". Esos otros serán los hipotéticos súbditos del Gran Can, a quienes después conoceremos por caníbales o caribes.

La centralidad del tema del hombre americano, iniciado desde el día primero del arribo, me compele a dejar por unos momentos las tres naves fondeadas en aguas de Guanahaní para seguir la trayectoria de esta dicotomía a lo largo del *Diario*. De los taínos, los buenos, los nobles, los fáciles de capturar y convertir, al día siguiente, 13 de octubre, añade: "Todos de la frente y cabeza muy ancha ... los ojos muy fermosos y no pequeños ... las piernas muy derechas y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo (canoas)". El 17 apunta que sus casas "eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas... como redes de algodón

[6] En cuanto a la captura y venta de esclavos africanos en Europa, y especialmente en Portugal, véase el mencionado "El Caribe en vísperas...", texto y notas 10 y 11.

(hamacas); ellas, las casas, son todas a manera de alfaneques y muy altas y buenas chimeneas (caneyes)''. Reitera esos y otros pormenores favorables, y el 25 de diciembre, conmovido por la hospitalidad y ayuda que le brindan luego del naufragio de la Santa María, resume su visión en estos términos:

> ...son gente de amor y sin codicia y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra; ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron. Mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo.

Con estos apuntes Colón había postulado el arquetipo perfecto del que siglos después habría de llamarse ''el buen salvaje''.

De los ''otros'', en contraposición, continúa conformando una imagen confusa e irreal. El 1o. de noviembre dice que uno de los indios que llevaba a bordo dio voces a los de tierra ''que no hoviesen miedo [de los españoles] porque eran buena gente y no hacían mal a nadie, ni eran del Gran Can''. El 4 enriquece la descripción con espeluznantes pormenores. Interpretando a su modo el lenguaje gestual de los indígenas, ''entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura''. El 23, atraído acaso por la homofonía con Gran Can, o impresionado por la imagen de hocicos caninos, les inventa un nombre: los indios que llevaba le dijeron que en la isla que llamaban Bohío ''había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener gran miedo ... porque los comían''. El 26 empieza a rectificar las inseguras transcripciones: ''Toda la gente que hasta hoy he hallado diz que tienen grandísimo temor de los de Caniba o Canima''. Las variantes van y vienen y la confusión entre lo real y lo ilusorio se hace más patente: el 11 de diciembre, por ejemplo, escribe: ''Todas estas islas viven con gran miedo de los de Caniba y así torno a decir como otras veces dije, que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can ... y tendrá navíos y vendrá a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido''. El 26 oye mejor a los indígenas, y escribe con inusitada claridad lo que todavía entiende turbiamente: ''Cipango, a que ellos llaman Cibao'', ''isla Española, a quien llaman Bohío'', ''los de Caniba, que ellos llaman caribes''.

El 13 de enero, apenas iniciado el tornaviaje, se topa con indios flecheros en el extremo noreste de la Española. Uno de ellos sube a la carabela y Colón observa que

> era muy disforme en la acatadura más que otros que hobiese visto. Tenía el rostro todo tiznado de carbón, puesto que en todas partes acostumbraban de se teñir de diversos colores. Traía todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atrás, y después puestos en una redecilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros. Juzgó el Almirante que debía ser de los caribes que comen los hombres.[7]

No eran caribes, sino ciguayos, y no se pintaban con carbón sino con el jugo de la jagua. Pero había trazado una imagen que persistirá por siglos. Y de ese modo, oyendo y fantaseando, había promulgado junto al arquetipo del buen salvaje el del indígena de repulsiva catadura, tiznado, feroz, sanguinario, comedor de carne humana. Y hasta les inventó un nombre: caníbales.[8]

Tornemos, pues es tiempo ya, a las tres naves colombinas que dejamos fondeadas en las tranquilas aguas de Guanahaní. El 14 de octubre, "en amaneciendo mandó aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la isla... para ver la otra parte". Halla "huertas de árboles, las más hermosas que yo vi, y tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y mayo, y mucha agua... Después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero". A quienes han seguido la ruta del Almirante por entre aquellas islas les maravilla la destreza con que sortea bajos y arrecifes. A Colón, por su parte, lo que le maravilla es el paisaje que su mirada descubre: las islas "fértiles y de aires muy dulces", la transparencia de las aguas, "siempre muy claras y se vee el fondo", los peces, tan diferentes a los nuestros: "hay algunos hechos como gallos, de las más

[7] Los franceses, que convivieron con los caribes (y hasta los tuvieron de aliados), han conservado una transcripción más precisa de la voz indígena: *caraïbe*. Y ha sido un francés, Jean de Léry, quien en 1556 dio la clave de su etimología: *caraí* 'señor' (como se usa actualmente en Paraguay) y *be* 'fuerte, poderoso'. Confirman ese sentido Anglería y Oviedo. Véase J. J. Arrom, *Estudios de lexicología antillana*, La Habana, Casa de las Américas, 1980, p. 95.

[8] Estas citas señalan el proceso de creación colombina del gentilicio *caníbal*. Aunque no se ha registrado en ninguna lengua amerindia, ha sido sumamente productivo en lenguas europeas: *caníbal*, 'antropófago', *canibalismo*, 'antropofagia' y en inglés, *cannibalize*, 'despojar un aparato o maquinaria de algunas de sus piezas para utilizarlas en otro'.

finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas las colores y otros pintados de mil maneras'', el perfume ''tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que es la cosa más dulce del mundo'', ''el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí'' y, acudiendo a una hipérbole, ''las manadas de los papagayos que oscurecen el sol''. La euforia teñía cuanto apuntaba. Pero no olvidaba la finalidad de su empresa. El 21 de octubre tiene noticias de ''otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba... Mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quinsay, y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can''. El 23 de octubre corrige la grafía y reitera su propósito: ''Quisiera hoy partir para la isla de Cuba''. El 24

> a media noche levanté las anclas . para ir a la isla de Cuba, a donde oí de esta gente que era muy grande y de gran trato y había en ella oro y especerías y naos grandes y mercaderías... porque creo que si es así, como por señas que me hicieron todos los indios... es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca.[9]

El 28 arriba, probablemente cerca del puerto de Gibara. Observa muy bien el lugar. Y su jubilosa descripción es un lírico elogio que Las Casas copia así:

> Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente. Había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes con las cuales cobijan las casas, y la tierra muy llana. Saltó el Almirante en la barca y fue a tierra.. La yerba era grande como en el Andalucía por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato y era diz que gran placer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dejallas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto.

Colón continúa los elogios, pero lo citado basta para comprobar que es la primera oda escrita en español al paisaje antillano.

[9] Colón asegura que Cipango está en esa comarca confiando en la justeza de las ''esferas que yo vi'' y ''en la pintura de los mapamundos'' que ha consultado.

Siguiendo el viaje, el 29 dirige sus naves hacia el oeste bordeando la costa de la provincia de Holguín. El 1o. de noviembre anuncia que está en las inmediaciones de Zayto y Quinsay, dos ciudades de las cuales Marco Polo había escrito maravillas, y que aparecen, según Las Casas, en el mapa de Toscanelli. Basado en tales informes, el día 2 envía una embajada al Gran Can con las cartas que para el traía. Para ello escoge a Rodrigo de Jerez y a Luis de Torres, que sabía "hebraico y caldeo y aun algo de arábigo", y les fija un plazo de seis días para cumplir su misión. En la espera explora los alrededores. El 4 les muestra a unos indios canela y pimienta, y ellos "dijeron por señas que cerca de allí había mucho de aquello al camino del Sudeste". Mostróles oro y perlas, "y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío había infinito... y naos grandes y mercaderías, y todo esto era al sudeste". Habiendo regresado los embajadores sin señal alguna del Gran Can, la flotilla leva anclas y retorna a Río de Mares [Bahía de gibara]. El 12 registra una noticia en verdad fabulosa: partió de Río Mares "para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía que se llamaba Babeque,[10] adonde, según dicen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas de noche en la playa y después con martillo diz que hacían vergas de ello, y *para ir a ella era menester poner la proa al leste cuarta del sueste*". Ese día llega hasta el que nombró Cabo de Cuba [Cabo de Lucrecia]. El 13 "entró en un grande golfo al sur sudoeste", que no exploró sino que siguió de largo, y especifica que "los indios que traía le dijeron ayer martes *que había tres jornadas desde Río de Mares hasta la isla de Baneque, que se debe entender jornadas de sus almadías, que pueden andar siete leguas*". Navegando en la dirección y a la distancia indicadas (arriba subrayadas por la importancia que tienen para este estudio), no encuentra la deseada isla. Sospechando que había sobrepasado la meta, regresa sobre lo andado. Va y viene, y todo en balde. Las Casas, impaciente, intercala este comentario: "Pero ¿dónde están luego agora estas islas que entre manos traía?". Y a continuación copia otra noticia que enturbiará aún más las aguas en torno a la elusiva isla: "Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela Pinta, sin obediencia y voluntad del Almirante". Esta escapada del inconfiable capitán de

[10] En el texto lascasiano se lee primero *Babeque*, lectura en la cual se ha confundido la *n* con la *u* con el valor de *b*. Luego rectifica la lectura, y de ahí en adelante es siempre *Baneque*. Es lo correcto.

la Pinta ha dado pábulo a que se haya sugerido, sin base firme, que llegó a Baneque. En tanto Colón, todavía esperanzado, el 19 sale mar afuera con rumbo nor-nordeste hasta avistar a Gran Inagua. Acaso los indios, o tal vez su tino de diestro navegante, le dicen que aquella isla tampoco es Baneque. Renuente a admitir su fracaso, alega que "vido la isla de Baneque al leste justo, de la cual estaría 60 millas". Mas no trata de acercarse porque "el viento le era contrario, y viendo que no se mudaba... determinó dar la vuelta" al puerto cubano de donde había salido, y proseguir viaje en demanda de Bohío. El 24, cerrando ya el frustrado intento de hallar la ansiada Baneque, escribe: "la semana pasada, cuando iba a la isla de Baneque". Después no la menciona más. La perdida Baneque se había convertido en otra de las irresueltas cuestiones colombinas.

Hipótesis en cuanto a su localización no han faltado. Las Casas, al relatar el episodio en su *Historia de las Indias* (lib. I, cap. 47), comenta: "Yo creo que esta isla o tierra del Baneque debía ser, o esta isla Española, o alguna provincia o parte de ella, y que la debían nombrar los indios por aquel nombre porque nunca ésta después pareció". Capítulos más adelante, escribiendo sobre el segundo viaje, dice que estando Colón en las inmediaciones de la bahía de Guantánamo, "los indios que llevaba consigo hacían mucho caso señalando hacia la parte donde estaba la isla de Jamaica, afirmando que había mucho oro" (lib. I, cap. 94), y agrega que ésta pudiera haber sido "la que llamaban el viaje primero Baneque, que tantas veces la nombraban".

Pasan los siglos. Aprovechando que no se ha encontrado documento alguno que compruebe concretamente en dónde estuvo Martín Alonso Pinzón durante su separación de la flotilla, en 1898 el poeta puertorriqueño Luis Lloréns Torres lanzó la tesis de que el capitán de la Pinta había llegado a Baneque, y que Baneque es, pese a la mayor distancia, la isla de Borinquen. No obstante la extrema fragilidad de esa tesis, en 1967 la revive una escritora española, Alba Vallés Formosa, y la presenta acudiendo a presuntos argumentos lingüísticos. Según ella, la raíz *bo* (caribe), tiene el mismo valor que la raíz lucaya *ba*, la sílaba *que* conserva igual significado en ambas lenguas, y la *r* de *ri* sufrió una conversión en *n (ne)*. De manera que *Borique* es lo mismo que *Baneque*.[11] Para cualquier conocedor de las

[11] Luis Lloréns Torres expone su tesis en el libro *América (estudios históricos y filológicos)*, Madrid y Barcelona, 1898; 2a. ed., San Juan de Puerto Rico, 1967

lenguas indígenas antillanas estas aseveraciones carecen totalmente de sentido, y así lo he demostrado en otra parte.[12]

En 1942 surge otra tesis, postulada por el eminente historiador Samuel Eliot Morison. En su clásica biografía *Admiral of the Ocean Sea. A life of Christopher Columbus*, Morison puntualmente explica:

> "At the relieving of the dawn watch" on Monday, November 12, the fleet left Puerto Gibara "to visit an island which the Indians aboard declare to be called *Babeque* where, the Indians aboard declare by signs, the people gather gold on the beach by candles at night, and then make bars of it with a hammer". *Babeque* undoubtedly was Great Inagua Island; for the Indians gave the correct course for it and Pinta went there.[13]

El prestigio de Morison, y los altísimos elogios que su obra ha recibido,[14] han determinado que investigadores posteriores hayan aceptado su opinión como definitiva. Para citar algunos de las más recientes, el profesor Fuson, en su edición crítica del *Diario* anota al respecto:

> Columbus has heard of two islands to the east: *Bohío* (Española) and *Babeque* (Great Inagua Island, Bahamas). He is confusing the two. The name *Babeque* was soon to vanish, being replaced by a Spanish corruption of *iguana* (the large native lizard).[15]

En fecha más reciente Samuel M. Wilson dice:

> He had news of another island that was due east of where they were on Cuba, one the Indians from the Bahamas called *Babeque*. This was Great Inagua Island, a stepping-stone between the Bahamas and Cuba that Colón had missed. Given the same reports of plentiful gold and spices by his guides, there

Lo que aquí interesa se halla en la primera parte, cap. 4, y segunda parte, cap. 2. Alba Vallés Formosa desarrolla la suya en el artículo "En demanda de la isla de Baneque", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, núm. 36 (1967), pp. 3-5.

[12] "Baneque y Borinquen: Comentarios en torno a un enigma colombino", en *Estudios de lexicología antillana*, pp. 73-88.

[13] Cito por la reimpresión en rústica, Boston, Northeast University Press, 1983, p. 262. Repite su hipótesis, culpando tanto a Colón como a los indios de estar equivocados, en la p. 266.

[14] En la tapa posterior de la misma edición se anuncia "This classic 1942 Pulitzer Prize-winning biography of Christopher Columbus", y se cita del *New York Times* lo que sigue: "A splendid achievement and a lasting monument of American scholarship ... A supremely valuable contribution to the literature on Columbus".

[15] Robert H. Fuson, *op. cit.*, p. 107, nota 1.

was little reason to steer for *Babeque* instead of *Bohío* (the local name for Hispaniola).[16]

Sin deseos de prolongar la nómina de los que siguen a Morison, procedamos a resumir las opiniones propuestas. La perdida isla dorada puede haber sido 1) la Española o alguna parte de ella; 2) Jamaica; 3) Puerto Rico, y 4) Gran Inagua. En este dialógico discurso de voces tan dispares falta la de los indígenas que por señas le informaron a Colón el preciso rumbo y exacta distancia para llegar a ella. Y como ni entonces ni después se ha procurado entender lo que quisieron decir con aquel término, permítaseme servirles de traductor. *Baneque* está compuesto de dos morfemas: *bane* o *baní* y *eque*. Pertenece así a la serie de palabras tales como *Mayabe* + *eque* = Mayabeque y *Sabana* + *eque* = Sabaneque, términos todos conservados en la toponimia y la hidronimia antillanas. *Bane* o *bani* es el mismo topónimo cubano que hoy escribimos *Banes*, y el dominicano *Baní*. Esta voz *bane* ha sido registrada en arahuaco, transcrita con grafía alemana como *bánnije* 'árbol de madera dura y negra', es decir, 'ébano'. *Eque* también ha sido registrada con las variantes *eke*, *eki* por C. H. de Goeje con el sentido de 'envoltura', 'cobertor' en términos tales como *plata* + *eke* 'monedero', *oniabu* + *eki* 'vasija de agua', *aku* (ojo) + *eke* 'párpado', y aisladamente *eki* 'vejiga'. *Baneque* equivale, pues, a puerto en forma de bolsa, botija o botellón, o sea, en conjunto, puerto de Ébano.[17] Ese puerto, que se abre precisamente al pequeño golfo que Colón no exploró, sí se halla en la dirección y a la distancia que señalaron los guías. Y el puerto en sí tiene una boca sumamente estrecha entre altos farallones, y luego se extiende en forma de bolsa o botellón, características que me son personalmente conocidas porque he estado en este puerto y he pasado por su angosta salida.

Tal vez haya pecado de prolijo en cuanto a Baneque. Alego en mi descargo la necesidad de documentar el planteo y solución de una de las más debatidas cuestiones colombinas. En contraste seré muy parco al esclarecer las incógnitas en torno a la serie de presuntas islas que se mencionan en el *Diario* el sábado 29 de diciembre:

[16] Samuel M. Wilson, *Hispaniola. Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*, Tuscaloosa and London, The University of Alabama Press, 1990, p. 59.

[17] Cf. el citado *Estudios de lexicología antillana*, pp. 73-88.

> Y como siempre trabajase por saber adonde se cogía oro, preguntaba a cada uno porque por señas ya entendía algo, y así aquel mancebo le dijo que a cuatro jornadas había una isla al leste que se llamaba Guarionexo, y otras que se llamaban Macorix y Mayonic y Fuma y Cibao y Coroay, en las cuales había infinito oro, los cuales nombres escribió el Almirante.

La breve respuesta la da Las Casas en su *Historia de las Indias* (lib. I, cap. 62; I, 287):

> En esto parece como el Almirante no entendía nada de los indios, porque los lugares que le nombraban no eran islas por sí, sino provincias desta isla y tierras de señores, y esto significaban por los nombres: Guarionex era el rey grande de aquella Vega Real, una de las cosas maravillosas en natura; querían decirle los indios o decíanle que en la tierra y reino de Guarionex estaba la provincia de Cibao, abundantísima de oro. Macorix era otra provincia, como abajo parecerá, puesto que ésta tuvo algún oro, pero poco, y los otros nombres eran provincias, puesto que les faltan o sobran sílabas o letras, que no las debiera escribir bien el Almirante como no los entendiese bien.

Para redondear el recuento de islas reales e imaginarias examinemos los informes que Colón registra sobre la más evocadora de belicosos mitos mediterráneos, fascinantes mitos americanos y, desde luego, soluciones escasamente satisfactorias. Iniciado el tornaviaje, y navegando "al leste nordeste", el miércoles 9 de enero observa sin asombro un espectáculo inusitado: "Dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara". (Aquellas no tan hermosas sirenas eran en realidad una familia de plácidos manatíes).[18] Prosiguiendo la navegación, con igual naturalidad apunta como de pasada: "De la isla de Matininó dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres".[19] El 14 alude a ella de nuevo, y el 15 anuncia "que tenía determinado de ir a [Carib], pues está en el camino, y a la de Matininó que diz que era poblada de mujeres sin hombres". El 16, estimulada la imaginación por la cercanía de posibles amazonas, amplía considerablemente sus apuntes:

[18] Se hallarán más informes en "Manatí: el testimonio de los cronistas y la cuestión de su etimología", *Estudios de lexicología antillana*, pp. 63-71.

[19] *Matinino* aparece en el *Diario* sin acento ortográfico. Pero no era voz llana, sino aguda. Anglería no deja la menor duda: "La isla de Matininó ... con acento en la última sílaba" (Década tercera, lib. VII, cap. 1).

> Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matininó, que diz que era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar diz que a los Reyes cinco o seis de ellas, pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogían las carabelas. Mas diz que era cierto que las había, y que a cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que diz que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niño enviánbalo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo. Dice el Almirante que aquellas dos islas debían distar de donde había partido quince o veinte leguas.

Las Casas, poco inclinado a creer en las leyendas que circulaban en aquellos tiempos de credulidad desaforada, indica en una apostilla al margen de lo que copiaba: "Nunca esto después se averiguó que oviese tales mujeres".

Pasados varios siglos, el almirante Morison aprovechó sus vastos conocimientos náuticos para postular que Matinino es Martinica. Así lo declara en 1942 en la citada biografía de Colón, y lo reafirma en 1963 en su edición anotada del *Diario* y otros documentos colombinos.[20] Es necesarios señalar que al proponer esta identificación Morison pasa por alto dos significativos pormenores. El primero es que Martinica no se encuentra en "aquella vía" del regreso de Colón a España. El segundo es que Matinino y Martinica, pese a su ligera homofonía, son topónimos totalmente distintos. Martinica, como es bien sabido, es el diminutivo de Martina: Martín, Martina, Martinica. Además, el nombre indígena de Martinica, según lo registra Raymond Breton, en grafía francesa de 1665, era Ioüanacaéra, 'Isla Iguana o de Iguana'.[21] Por otra parte, *Matininó* es un término taíno que también puede analizarse: *Ma-* es un prefijo privativo que equivale a 'sin' o 'carente de', *iti* es 'padre', *ni* es un infijo subordinante, y *no* es signo del plural masculino, o sea, en conjunto, 'sin padres'. Este análisis corresponde perfectamente a la función de la isla en uno de los más bellos mitos etiológicos creados por la rica imaginación de los indoantillanos. Y nos remite al portentoso paraje adonde fueron llevadas las mujeres raptadas por el héroe cultural Guahayona en uno de los episodios en torno a los mitos de origen del pueblo taíno. En esos épicos relatos fueron codificadas la historia cultural de aquel pueblo obliterado y la

[20] S. E. Morison, *op. cit.*, p. 316. Escribe la palabra sin acento siempre, y así lo cito.

[21] Raymond Breton, *Dictionnaire Caraïbe-Français, reimprimé par Jules Platzmann*, Leipzig, 1982, pp. 409 y ss., especialmente 412.

clave de su arte, su poesía, su saber y su ley.[22] Matininó, por consiguiente, tampoco es una isla del Mar Caribe, o de algún otro mar, y será eternamente inasequible tanto a imaginativos almirantes de antaño como a no menos imaginativos almirantes de hogaño.

Dejemos aquí la tarea de intentar resolver cuestiones colombinas que por siglos han suscitado disputas sin cuento y soluciones sin base, y pasemos a comentar algunos pasajes ambiguos o problemáticos del *Diario*. Tres días después del arribo a Guanahaní, navegando entre islas cercanas, el Almirante halló

> un indio solo que pasaba de la isla de Sancta María a la Fernandina, y traía en una almadía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos.

El "pedazo de su pan" ero lo que le quedaba del cazabe que había consumido durante la travesía; la "calabaza de agua" era una especie de botija hecha de la fuerte corteza de una güira vaciada (*jigüera*), y las "hojas secas" tan preciadas serían de tabaco. Lo que todavía se presta a dudas es el "pedazo de tierra bermeja". El destacado antropólogo dominicano Marcio Veloz Maggiolo, comentando este pasaje, ha declarado:

> El elemento fundamental, hasta ahora notado sin curiosidad por los estudiosos, es la "tierra bermeja", "hecha polvo y después amasada", es decir, con visos de humedad. Colón, excelente observador, por su finura la califica como polvo, pero amasado. La información sobre este trozo de tierra en una canoa indígena que atraviesa el amplio mar de las islas cobra sentido si se relaciona con la costumbre geofágica de ciertas tribus sudamericanas, y aún de la Florida ... Es señalable la poca guarnición alimenticia del indio. La guarnición para un viaje de días, por mar, debía ser esencial, y en el caso del lucayo esa esencialidad consistía en cazabe, agua, barro y tabaco. Para este indio era, pues, tan importante en la travesía una cosa como la otra.[23]

El color, textura y escasa cantidad de la sustancia descrita hace pensar que no haya sido barro amasado sino pasta de bija. En primer lugar no sé de ningún cronista que haya informado sobre casos

[22] Mayores informes en mi libro *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, 2a. ed. corregida y ampliada, México, Siglo XXI, 1988, cap. 10, pp. 90-104.

[23] Marcio Veloz Maggiolo, *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, Singapore, etc. McGraw-Hill Far Eastern Publications, 1972, p. 187.

de geofagia entre los taínos. Por lo contrario, en la minuciosa descripción de la flora antillana Las Casas expone:

Hay también unos arbolitos tan altos como estadio y medio, que producen unos capullos que ... están llenos de unos granos colorados, pegajosos como cera muy tierna y viscosa. De éstos hacían los indios unas pelotillas y con ellas se untaban y hacían coloradas las caras y los cuerpos... Llamaban esta color los indios *bixa*.[24]

La urgencia de hallar voces españolas para hacer comprensibles a sus lectores las nuevas realidades americanas llevó a Colón a imponerles términos que describían objetos parecidos, pero no iguales, deformando así su auténtica naturaleza. En lo ya citado se ha visto que llamó 'alfaneques' a los *caneyes*, 'almadías' a las *canoas*, 'sirenas' a los *manatíes* y 'panizo' al *maíz*. En otras ocasiones recurre a breves circunloquios que a veces resultan igualmente ambiguos. Llamarle ''tierra bermeja'' a una pasta de bija sería uno de esos confusos circunloquios.

Citaré otro caso igualmente problemático. El viernes 21 de diciembre escribe que unos indios le traían ''pan que hacen de *niames* que ellos llaman *ajes*''. En realidad los ñames son unos gruesos tubérculos, de origen africano, que Colón encontró en sus viajes a Guinea; los ajes eran una variedad de los que hoy se conocen por batatas, boniatos o camotes, y el ''pan'' de cazabe se hace de yuca o mandioca. Pero luego agrega que también las indias le traían ''cosas de comer, pan de ajes y gonças avellanadas''. Como *gonza* no aparece registrada en el DRAE, se ha prestado a variadas interpretaciones. El profesor S. Lyman Tyler escribe en 1988:

> Three different translators have rendered *gonza avellanada* as ''nutty colored, or nutty tasting, quince or chufa, and shriveled''. Both Morison and Vigneras in their notes carefully explain their choice of 'quince' and 'chufa' respectively. I am still not certain about this.[25]

[24] Fray Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia sumaria*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, 1967, lib. I, cap. 14; I, 75-76. La costumbre de adornarse el cuerpo con dibujos de variados e imaginativos diseños era tan generalizada que idearon los llamados sellos o pintaderas, de los cuales se han conservado numerosos ejemplares, algunos en forma de pequeños cilindros que rodaban sobre la piel a manera de las modernas rotativas.

[25] S. Lyman Tyler, *Two Worlds. The Indian Encounter with the Europeans, 1492-1509*, Salt Lake City, Utah, University of Utah Press, 1988, p. 248.

Como el lector tal vez quiera saber cuáles han sido las explicaciones de los referidos traductores citaré a manera de muestra las de Morison. Dice: ''6. *gonca*

Aclaremos que en las Antillas no se cosechan membrillos ni chufas. Lo que sí se da muy bien, y tiene tamaño, sabor y textura parecidos a las avellanas es el maní. De nuevo Las Casas confirma esta identificación. Dice:

> Otra fructa tenían que sembraban y se criaba o hacía debajo de la tierra, que no eran raíces sino lo mismo que el meollo de las avellanas de Castilla . Llamábase *maní*, la última sílaba aguda, y era tan sabrosa que ni avellanas ni nueces, ni otra fructa seca de las de Castilla, por sabrosa que fuese, se le podría comparar.[26]

Quedan otras apuntaciones y comentarios para la edición crítica que tal vez tenga tiempo de terminar. En tanto, volvamos a Colón, no ya para puntualizar cómo el genial genovés vislumbró a las Antillas a fines de 1492, sino para declarar cómo un antillano de hoy vislumbra a Colón en vísperas de 1992. Consignaré, ante todo, que no comparto la postura de quienes le acusan de mentir, engañar, deformar. Careciendo de una lengua y una cosmovisión en común para entender a sus guías, tuvo que interpretar como pudo los gestos que éstos le hacían. Si no acertó siempre, acertó más que muchos de los que han pretendido corregirlo y a veces denigrarlo. El caso de Baneque es por demás elocuente: registró la distancia y el rumbo correctos y correctamente transcribió el nombre. Y ha sido sólo al cabo de cinco siglos que se ha reconocido la veracidad de sus apuntes. E igual puede decirse del esfuerzo para expresar en el viejo idioma de Castilla las asombrosas realidades del Nuevo Mundo. Ese esfuerzo, de raigal importancia cultural, inició la adap-

[sic] avellanada, a doubtful and possibly corrupted reading; Professor J.D.M. Ford assigned this as the literal meaning. There are four native American fruits that might have seemed quinces to the Admiral, and are brown or ashy gray in color, and shrivelled when fully ripe: *Achras zapota*, the Sapodilla; *Annona muricata*, the Sour sop; *A. reticulata*, the Custard-apple; and *A. squamosa*, the Sweet-sop. All are native to the West Indies except for the first, which originated in South America, but may have been cultivated in Haiti as early as 1492''. (*Journal and Other Documents on the Life and Voyages of Christopher Columbus*, New York, The Heritage Press, 1963, p. 130, n. 6).

Pese a la impresionante erudición de esta nota, no me explico cómo pudo Morison pensar que el Almirante relacionara una avellana con un membrillo y menos con una guanábana.

[26] Bartolomé de Las Casas, *Historia apologética*, *ed. cit.*, lib. I, cap. 10; I, 61-62.

tación y enriquecimiento de la lengua que hoy se habla en toda Hispanoamérica.[27]

Debo asimismo consignar que si aquel viaje trajo como secuela el encuentro y choque de diversas y antagónicas culturas (y de sus más calamitosas consecuencias me he ocupado en otra parte),[28] también comenzó el trascendental trasiego, en ambas direcciones, que ha mezclado para siempre el Viejo y el Nuevo Mundo. Aceptemos que el cruce del Atlántico era ya inevitable y sus resultados son hoy irreversibles. Al aproximarse el 12 de octubre de 1992 es mi esperanza y mi anhelo que cerremos cinco siglos de triunfalismos vacíos y de recriminaciones inútiles y principie una era de comprensión y mutuo respeto. Y el primero a quien debemos comprensión y respeto es a Cristóbal Colón, el intrépido navegante que con su gesta inauguró la Edad Moderna.

[27] He descrito los mecanismos empleados por Colón y sus diversos resultados en "La otra hazaña de Colón o la epifanía de América", *Anuario LIL, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba*, núm. 9 (1978), pp. 5-23 y otras revistas. Ha sido recogido en mi libro *Imaginación del Nuevo Mundo: diez estudios sobre los inicios de la narrativa hispanoamericana*, México, Siglo XXI, en prensa.

[28] En "Las dos caras de la conquista: de las opuestas imágenes del otro al debate sobre la dignidad del indio", de próxima publicación en Madrid, y en el citado "El Caribe en vísperas del V Centenario".